

Manuel Martínez
Casanova

Cuentos afrocubanos

La presencia de la oralidad y las tradiciones de los pueblos ha permitido la existencia de expresiones de narrativas diversas cargadas no solo de belleza y emotividad, sino de sabiduría y elementos cosmovisivos que recurren a aspectos diversos como la fabulación, la mitificación y, en no pocos casos, la mística religiosa, para fundamentar formas de ver, entender y actuar en el mundo.

Estas narraciones orales resultan inagotables en cada rincón del mundo. Algunas conservadas por la pluma de algún recopilador que nos permite leerlas con el mismo interés y pasión que los que las han venido oyendo desde hace siglos en lugares diversos. Entre estos protectores de la oralidad, con más o menos recreación asumida, estarían Homero, Esopo y los hermanos Grimm, por solo nombrar los más conocidos. Otros se compilaron bajo el anonimato de los transcritores, quizás por la justicia de no reconocerse estos como sus autores, pues en realidad fueron los pueblos mismos. Así sucedió con la bien conocida *Las mil y una noches*.

Cuba es por suerte un país rico en tradiciones orales, especialmente en esa modalidad narrativa de ficción que es el cuento popular, más libre de ataduras y dogmatismos que sus parientes

la leyenda o el mito, pero mucho más significativo en el uso cotidiano, no solo por divertimento y humor, sino como recurso de reflexión.

Las tradiciones afrocubanas, nutridas de una vastísima y valiosa mitología, son ricas en estas expresiones de la cultura popular. Valdría la pena recordar aquellos *Cuentos negros de Cuba* que nos dejara la orticiana Lydia Cabrera, publicados primero en París (1936) y luego en Cuba (1940) y que sirvieron para demostrar, como dijera el sabio cubano, que la cultura cubana es «blanquinegra».

En nuestro trabajo investigativo frecuentemente nos topamos con estos *griots* contemporáneos, vivos y con nombres y apellidos, gente sencilla y honesta de nuestras comunidades presentes en cualquier rincón del país. He recogido de ellos, en su creación cómplice con la tradición ancestral no pocos de estos «cuentos», con la intención de que algún día quizás pueda organizarlos en un libro que sirviera de homenaje a estos hombres y mujeres encargados por su talento y su voluntad de conservar la oralidad, de actualizarla y devolvérsela en cada oportunidad para, cada vez, descubrir cuánto debemos a nuestros ancestros.

Hoy pongo a disposición de los lectores dos cuentos elaborados en este espíritu tradicional por una persona muy humilde, de presencia cotidiana en las calles de esa Ifé cubana que es Palmira, en la provincia de Cienfuegos, con su andar cargado de años y achaques que le dio la vida, pero sin dejar de ser vivaz y con un espíritu lleno de sapiencia y talento afrocubano.

Se trata de Justo Pastor, hombre que lleva con orgullo su negritud, su religión y sus años de edad.

En estos cuentos nos permite compartir su visión del mundo, su sabiduría y, por qué no, sus anhelos. El tema es común en ambos, y muy serio... la muerte; muy cercanos, pero muy diferentes.

Ahí los tienen.

Manuel Martínez Casanova.
Santa Clara, enero de 2016.

¿Y quién salvará la Tierra?

Olofi¹ creó la Tierra y todos los seres vivos que la han poblado. Y así vivieron aquellas criaturas, se reprodujeron, convivieron y se enfrentaron unas a otras por millones de años.

Un día la situación se hizo insostenible y Olofi se percató de que había que poner solución a todo aquel incremento y difícil convivencia en tan poco espacio.

—¡Tengo que tomar una decisión urgente, voy a convocar a todos los orichas para nombrar de entre ellos al que dé solución a este problema!

Y así lo hizo.

Cuando todos estuvieron reunidos, preguntándose por qué razón el viejo Olofi los había reunido allí con tanta urgencia, se presentó este y les explicó, con pocas palabras, el objetivo de la reunión.

—Cada uno de nosotros cumple una responsabilidad en este mundo,² pero cuando distribuimos estos deberes no pensamos en el desorden que se nos iba a crear con el transcurso del tiempo. ¡Hay que poner fin a este incremento constante e insoportable de tantas criaturas! ¡Están acabando con el mundo, destruyen todo a su paso, se pelean continuamente unas con otras por la comida que ya escasea o por el lugar donde dormir y tener su familia! ¡Hay que responsabilizar a uno de Uds. para que se encargue de este asunto, que regule la población y la mantenga en los límites adecuados quitando la vida a aquellos que considere necesario para resolver los excesos y poner orden a la situación!

Oyá,³ la encargada de atender el mundo deshabitado, pidió la palabra: —Yo propongo para ese cargo a Babalú Ayé,⁴ yo creo que él puede ser el encargado con enviar la muerte a aquellos que no puedan seguir viviendo en este mundo.

Babalú se pone de pie y responde: —Yo no puedo ser el encargado de esa tarea eminencia. Ud. sabe que yo contraje

¹ Olofi: Dios supremo del panteón de la santería cubana.

² Olofi es el padre de los orichas, dioses del panteón santero, y a cada uno dio una misión específica.

³ Diosa encargada del cementerio, aunque en el momento primigenio que cuenta esta narración, no había asumido esta tarea.

⁴ Dios de las enfermedades, especialmente de las contagiosas en general, y las venéreas en particular.

lepra por hacer el amor excesivamente y fui confinado a vivir lejos de todos. Además, yo soy un gran curandero, y me dedico a aliviar los males de otros, y en medio de la desgracia ajena soy justiciero y misericordioso y eso de ser el encargado de la muerte no me agrada para nada. En cambio, yo creo que Oyá puede cumplir perfectamente esta misión.

Olofi increpa a Oyá sobre qué tenía que decir al respecto y esta alegó:

— Para mí sería un privilegio asumir esta responsabilidad pero yo misma me tengo miedo por mi capacidad para hacerlo pues, como todos saben, yo soy la diosa de la tristeza, soy el viento mismo, provocho y manejo el ciclón y los vendavales, la centella y el fuego. ¿No podría destruir más de lo necesario, incluso a todos los seres vivos con tanta fuerza y violencia, poniendo fin a todo lo que Ud. con tanto amor creó? Yo propongo para esa misión a Obatalá.⁵

Obatalá tomó la palabra para dar sus razones al respecto:

— No creo ser la persona que pueda encargarse adecuadamente de ese encargo. Yo ocupo un lugar muy importante, encargándome de atender a todos los santos y soy la dueña de todas las cabezas y cuerpos. Soy la diosa de la pureza, la justicia y la paz, gobierno los pensamientos y las ideas y ofrezco amor y cariño a todos. Yo propongo para ello a Yemayá.⁶

Para rechazar la propuesta de Yemayá se pone de pie Ochún:⁷

— ¡Mi hermana no puede ser la encargada de esa misión! Ud. sabe mi Dios que de su cuerpo brotan las aguas dulces y saladas, su cuerpo mismo es de excepcional belleza y su rigor y severidad son solo comparables con su preocupación por la justicia, su ternura maternal y la alegría de vivir. ¿Cómo asumir esa tarea? No tiene vocación para ello.

Olofi entonces increpa a la propia Ochún diciéndole: — ¿Y qué te impide a ti ocuparte de esta misión? — A lo que Ochún respondió rápidamente:

— ¡Qué más quisiera yo que complacerle! Pero Ud. conoce mi situación y la responsabilidad que tengo, pues mi hermana me

⁵ Dios andrógino, macho y hembra. Dueño de las cabezas (es decir, es quien decide qué «santo» u oricha corresponde a cada cual desde su nacimiento).

⁶ Es la diosa del mar, la madre de todos los orichas.

⁷ La diosa del amor y la belleza, dueña de las aguas dulces, la miel y los metales dorados.

regaló el río para atenderlo y soy, además la dueña del sexo y del amor, de la felicidad y el alumbramiento. Si doy vida ¿cómo puedo quitarla?, por eso propongo a Changó.⁸

—No considero acertada la propuesta — dijo Changó rápidamente —. Yo soy el dueño del trueno y el relámpago, del fuego y de la guerra, con lo cual provoco inevitablemente mucha destrucción. ¡Y qué decir de la pólvora! A lo anterior hay que añadir mis tareas como encargado de los tambores, y por ello mismo soy dado a las fiestas, los toques y los tragos, los pleitos y las mujeres. Con todo ello no puedo, ¿cómo me podría encargar de esta nueva e importante tarea? ¡Es mejor que me mantenga en ello y quedarme lo más tranquilo posible en lo alto de la palma! En cambio creo que esta tarea podría asumirla Oggún.⁹

Olofi le pregunta al aludido sobre sus consideraciones al respecto.

— Señor, yo no quisiera ofenderlo con mi negación. No crea que no estoy de acuerdo en ello por el hecho de que me propuso Changó con el que tengo no pocas diferencias, pues en realidad no puedo aceptar tamaña responsabilidad. Como todos saben yo soy el dueño del hierro y de las armas blancas y tengo mucha furia dentro pues nunca he sido feliz, me gusta el aguardiente y soy muy desconfiado. Considero que podría ser desastroso en esta nueva tarea y por ello propongo al que considero más adecuado, que es Elegguá.¹⁰

— Con su permiso Olofi — dijo el aludido —, aunque siempre andamos muy juntos Oggún y yo y respeto mucho su opinión, quiero dejar claro que tampoco tengo la vocación para esta misión, pues tengo muchas responsabilidades; tengo las llaves del destino, gobierno las encrucijadas y los caminos, abro y cierro las puertas, doy entrada al monte y a la sabana, soy al primero que saludan todos y por ello soy el que primero bebe y come, por ello mismo no podría ser imparcial en mis decisiones pues no me gusta que las cosas salgan mal y cuando esto ocurre me lleno de ira y pierdo no pocas veces el control de mí mismo. Por ello estoy proponiendo a Obbá,¹¹ la principal esposa de Changó, que es recta y bondadosa.

⁸ El dios del trueno, del fuego, los tambores y la guerra. La palma real le pertenece.

⁹ Dios del hierro y de los trabajos con metales.

¹⁰ Dios del destino, encargado de todas las puertas, cerraduras y caminos.

¹¹ Esposa de Changó, dueña del matrimonio y de la fidelidad matrimonial.

—¡Yo no puedo mi señor! —dijo la aludida—. Ud. sabe que soy celosa y por esta razón perdí un poco la cabeza por los coqueteos de algunas con Changó y eso me ha traído problemas. ¿Recuerda cuando me corté las orejas y se las di a comer a mi marido por culpa de Ochún? Otro tanto me pasó con Oyá. Eso trajo como consecuencia que Changó me abandonara pero yo le sigo siendo fiel y no tengo cabeza para nada más. Yo creo que nadie mejor que Yewá¹² para asumir esa responsabilidad.

Olofi pregunta a Yewá y esta le responde:

—Señor, yo les recuerdo a todos que estoy sometida a un aislamiento voluntario, con la autorización de mi padre Adduá, que me mantiene alejada de los hombres como consecuencia del asedio al que fui sometida por Changó, que llegó incluso a apostar que podría seducirme, lo cual me ofendió considerablemente y no pude soportar esta situación. Ello me impide cumplir esta tarea y mantener mi decisión de aislamiento. Pero creo que tengo en mente a la persona correcta para cumplir esta tarea pues no es amigo de nadie, no tiene lástima ni consideración con nadie. Así que propongo a Ikú.

Olofi dirigió su atención entonces hacia aquel que estaba separado en un rincón, en el que nadie había reparado. Recordó entonces que él, en su condición de señor del Universo, no había dado aún una tarea concreta a este.

Entonces le dijo:

—¡Ikú! Esa podría ser tu tarea. Si te la diera, ¿qué sería lo que necesitarías para cumplirla?

El aludido pasó al centro para que todos le vieran y escucharan y entonces dijo:

—Yo asumo la tarea pero requiero de la ayuda de los que están presentes en esta sala para dar cumplimiento a esta tarea con el rigor necesario.

Necesito la ayuda de Changó para que en las guerras y en las tormentas no impida la muerte de tanta gente. De Oggún requiero que las armas blancas sean vehículo de muerte y que permita cumplir la máxima de que «quien a hierro mata a hierro muere». También de Elegguá, que si tiene las llaves y gobierna los caminos, abra las que conducen al cementerio y marque, en el destino de cada cual, la muerte que le corresponde.

¹² Diosa casta y pura, que vive en aislamiento por temor a la provocación sexual.

Necesito que Yemayá y Ochún no impidan que en las aguas encuentren la muerte los hombres y mujeres y los numerosos animales que pueblan el mundo. Necesito que Obatalá permita que la mente de los hombres pueda puntualmente aturdirse con sus pasiones y necesidades y hagan posibles conflictos, guerras y malos pensamientos con sus secuelas de muerte.

Necesito la colaboración de Babalú Ayé para que se esmere como curandero pero no permita la vida de los más débiles y malogrados y que además acompañe a los muertos hasta el cementerio y se los entregue a Oyá.

Necesito la ayuda de Oyá para que, recibidos los cadáveres, los entregue a Obbá para que inhume sus despojos y a Yewá para que asegure su retorno al polvo mediante la descomposición.

Asumo entonces la responsabilidad estableciendo las formas y modalidades de la muerte y mi presencia en cada una de ellas:

Si la muerte es por el fuego, se llamará «Ikú-aina», si es por enfermedad será «Ikú-arún», si por accidente «Ikú-akoba», si es muerte imprevista ocurrida súbitamente será «Ikú-fujitiva», si es consecuencia de golpes será «Ikú-ona», si ocurre en la calle será «Ikú-opa», — y así fue enumerando todas las alternativas de la muerte y quién la habría ordenado.

Todos estuvieron de acuerdo y Olofi quedó complacido con la seriedad con que Ikú asumió tan importante tarea. Solo era necesario comenzar a trabajar, y desde entonces, de alguna manera, las cosas fluyen más ordenadas por la intervención de Ikú, el salvador del mundo.

Un precio muy alto

Ayer, tras varios años sin verle, me encontré con Pascual, mi amigo de la infancia, y lo vi triste y acongojado.

—¿Qué te pasa Pascual? ¿Por qué te encuentro tan desmejorado? —le pregunté.

—Ay amigo, si supieras. Hace tres meses perdí a mi mujer. Se me fue así de repente. Tú sabes que llevábamos casi 40 años de casados y nos queríamos con locura.

—Sí, lo sé, amigo, lo siento mucho y te acompaño en el sentimiento —le respondí.

—No sabes cuánto he sufrido, me parece que no puedo vivir sin ella, cada noche he soñado que la tengo a mi lado, e incluso

que hablo con ella, y cuando me despierto me da un dolor bien grande acá en el corazón.

No me atreví a decirle otra cosa pues me di cuenta que necesitaba descargar, contar sus penas que a mí me dolían también.

—Hace tres noches tuve el sueño más atrevido que he tenido durante todo este tiempo —comenzó a narrar.

—Estaba decidido a traerla de vuelta conmigo, costara lo que costara, tuviera que ver a quien tuviera que ver. No sé cómo lo logre, ¡pero voy a poner todo mi empeño! —continuó en su narración, tan viva, que me parecía estarlo viendo.

—¡Ya sé lo que voy a hacer! ¡Voy a ver a Babalú Ayé, que fue el que la transportó al cementerio, para preguntarle qué se puede hacer!

—Me levanté de la cama y me fui por ahí buscando hasta que allá, cerca del viejo barracón, me lo encontré.

—¡Óigame Babalú, buenas las tenga Ud.! Necesito que me dedique unos minutos para consultarle una situación.

—¡Cómo no, dígame! —me respondió muy atento.

—Mire, yo necesito que mi mujer regrese y para ello quiero me diga si está en sus manos la solución y qué debo hacer para lograrlo.

El rostro de Babalú cambió inmediatamente, y su respuesta fue la siguiente:

—Mira, yo no puedo determinar eso. Ya yo la entregué y para saber qué debes hacer tienes que subir más arriba y ver a Oyá que fue la que recibió a tu señora.

Le pregunté dónde encontrarla y me dijo:

—Ve al cementerio y allí la verás. Suele estar sentada en la puerta misma del camposanto esperando que yo le lleve más difuntos —me dijo.

Y así lo hice. Me dirigí al cementerio y, efectivamente, allí, sentada tranquilamente, me la encontré.

—¡Buenas!, quería hablar con Ud., si no está ocupada, para plantearle un problema que tengo. No sé si es mucho pedir pero yo quisiera que me regresara a mi señora que fue enterrada aquí.

Con mucha cortesía me respondió: —Lo siento mucho, pero eso que me pide no está a mi alcance. Debe subir más arriba a ver a Obbá que se encarga del proceso posterior al enterramiento.

Le pregunté dónde podría encontrarla y, apuntando hacia el interior del cementerio, me dijo: —Traspasa la puerta y búscala allá dentro. La encontrarás sentada en alguna de las tumbas —dijo Oyá.

Sin pensarlo mucho, aunque aquello empezaba a producirme cierta preocupación, entré y empecé a buscarla.

Caminé todo el cementerio y fue allá en la última, la más apartada, que aún tenía las evidencias de un enterramiento reciente, donde me topé con ella.

—¡Señora, buenas tardes! —le dije, y tras responder mi saludo como Dios manda, continué: —Aquí me mandó Oyá para ver si me puede regresar a mi mujer ya que Ud. fue la que la recibió en la tumba.

—Yo quisiera ayudarte —me dijo Obbá— pero ya no está a mi alcance lo que me pides resolver. Tienes que bajar y ver a Yewá.

—¿Dónde podría encontrarla? —le pregunté y ella me indicó hacia el otro lado del cementerio, comentándome —¿Ves aquella tumba que aún tiene algunas coronas de flores, ya marchitas, encima? Es ahí. Debes entrar y hablar con ella.

Eché a andar hacia mi nuevo objetivo y no sé cómo logré entrar a la tumba y avanzar por ella, y allí estaba Yewá.

—¡Buenas! —le dije y sin esperar respuesta continué hablándole, con cierta alteración de la voz. —Mire, me envió Obbá a verla para ver si Ud. me puede ayudar a regresar a mi mujer.

Y su respuesta fue inmediata: —Mire, esa decisión solo está en manos de Olofi, el supremo.

—¿Y qué tengo que hacer para eso?

Y me fulminó con su respuesta —¡Tienes que subir al cielo!

—¿Al cielo? —fue la expresión que me salió del alma. Pero ya estaba decidido a hacer lo que tuviera que hacer para traerla de regreso, ¡voy a ver a quien tenga que ver! pensé para mí —me dijo.

Y así —continuó—, sin saber cómo pasó, me vi subiendo por un camino raro, entre nubes, que parecían flotar por todas partes, arriba y abajo, y yo buscando aquí y allá, impaciente y agotado.

Ya estaba a punto de desistir cuando siento un viento perfumado y una voz como trueno que me preguntó:

—¿Me buscas? —dijo Olofi.

—Disculpe que lo moleste, yo sé que Ud. tiene mucho trabajo que hacer, pero me urge que me atienda. Yewá me dijo que Ud. era el único que me puede resolver el poder regresar a mi mujer, a la que quiero mucho y no puedo vivir sin ella.

—¿Ya tú viste a Ikú? Ella es la que rige la muerte —dijo con su voz retumbante. —¡Debes bajar a la Tierra de nuevo y hablar con ella!

Ya casi sin fuerza y prácticamente desfallecido bajé de nuevo a la Tierra, preguntando por aquí, mirando por allá. Unos me decían que estuvo aquí al lado, otros me afirmaron que la vieron pasar por mi casa. ¿Quién la encuentra así si puede estar en cualquier lugar? Ya estaba pensando en desistir cuando se me presentó.

—¿Me buscabas? —dijo Ikú.

Sin pérdida de tiempo, volví a formular mi petición.

—Señora, la estaba buscando pues Olofi me recomendó que la viera porque solo Ud. me puede ayudar a recuperar a mi mujer.

—Ya yo oí de tu caso. Oyá y Obbá me contaron el problema. ¡Está difícil darle solución! Yo lo estuve consultando también con Olofi y llegamos a una conclusión.

—¿A qué conclusión llegaron? —se me salió casi insolentemente.

—Pues mira. Tu mujer está haciendo la misma gestión porque ella tampoco puede estar sin ti y quiere que te reúnas con ella. A nosotros nos resulta más complejo recomponerla a ella, lo que sería no solo difícil sino casi imposible. Pero sería más fácil descomponerte a ti. El trabajo contigo llevaría menos trámites, menos burocratismo, menos recursos. ¡Tú sabes cómo está el asunto de la economía! Por ello decidimos traerte a ti para acá, para el cementerio...

—¿A mí...? —se me escapó.

Y entonces me desperté.

—Mira amigo —me dijo— por eso es mi tristeza porque no entiendo por qué si tanto la extraño y la quiero... ¡más nunca he vuelto a soñar con ella!